

un todo único. Por eso la verdad histórica que pertenece al pasado no es una verdad irreal, sino que es tan real como la que transcurre en el momento presente y como la que ocurrirá en el futuro, que tampoco percibimos, aunque esperamos.

El pasado subsiste y perdura y nos parece que ha muerto porque nuestra existencia transcurre en un medio fragmentado, incompleto, porque no vivimos en un pasado íntegro, sino que nos hallamos separados de él, y vivimos en un presente hermético, situado entre el pasado y el futuro. Mas este pasado, precisamente, pertenece a la verdad eterna.

La memoria es un principio básico, en perpetua lucha con los principios letales del tiempo. Es la forma fundamental de la percepción en nuestro tiempo defectuoso de la realidad del pasado. En nuestro tiempo el pasado tan sólo subsiste a través de la memoria. La memoria, en su significado histórico, es la manifestación más genuina de los principios eternos en nuestra realidad, en nuestro tiempo. Ella es la que mantiene la coordinación histórica del tiempo. La memoria es el fundamento de la Historia. Sin la memoria, la Historia no podría existir, porque si ésta transcurriera en nuestro tiempo fragmentado, sería tan desesperante el abismo abierto entre el presente, el futuro y el pasado, que no tendríamos posibilidad alguna de percibir el proceso histórico. Cualquier conocimiento histórico no es otra cosa que un recuerdo, un triunfo de la memoria sobre el principio mortal del tiempo.

Gracias al recuerdo reconstruimos los hechos que se fueron, recomponemos el pasado que se ha ido, que ha muerto, como hundido en un tenebroso abismo. Por eso, la memoria siempre será el concepto ontológico fundamental sobre el que descansa todo lo histórico. La memoria contiene principios de paternidad, nos une a los que nos han engendrado, porque esta unión es la del presente y del futuro con el pasado.

El proceso histórico tiene un doble significado, porque siendo conservador, por una parte, es destructor por otra. El proceso histórico es una relación entre el pasado y el futuro y también es un rompimiento con el pasado; es conservador y revolucionario al mismo tiempo, por su naturaleza misma. Tan sólo la reciprocidad de estos principios engendra a la Historia.

El proceso histórico no estriba únicamente en la conservación de determinadas relaciones entre el presente, el pasado y el futuro, sino que también consiste en que el pasado se continúe en el futuro, en que, además de no empobrecernos en lo que se refiere a los incalculables tesoros del pasado, también nos enriquezca con lo que va forjándose en el porvenir.

La verdadera percepción histórica, es una determinación justa de la relación entre el pasado, el presente y el futuro.

El destino del hombre —para Berdiaeff— es el tema fundamental de la Metafísica de la Historia. La base del destino es la libertad.

El tema del destino histórico universal es el tema de la liberación del espíritu creador del hombre de los abismos de la necesidad natural; su liberación de esa dependencia, de esa esclavitud que sufre en el seno de los elementos naturales.

El concepto del progreso ocupa, indudablemente, el centro de la metafísica de la Historia.

El concepto del progreso presupone una finalidad del proceso histórico y nos descubre el sentido de su dependencia de esa finalidad. La idea del progreso presupone una finalidad histórica no inmanente, es decir, una finalidad situada fuera del proceso histórico y nos dirige hacia una finalidad extrahistórica, fuera del dominio del tiempo.

El concepto del progreso radica en los conceptos religiosomesiánicos. La teoría del progreso fue para muchos como una verdadera religión, es decir, que existió, como una religión del progreso especialmente durante el siglo XIX.

La teoría del progreso es, en primer lugar, una falsa divinización del futuro, a expensas del pasado y del presente. Es una divinización que no puede aprobarse desde el punto de vista moral, ni en el terreno científico y tampoco filosóficamente.

La teoría del progreso es, realmente una creencia religiosa, es una fe de carácter religioso, puesto que es una teoría que no puede cimentarse con ninguna ciencia positiva, ya que éstas pueden establecer la teoría de la evolución únicamente.

La doctrina del progreso supone que todos los problemas de la Historia Universal de la Humanidad serán resueltos en el futuro y que llegarán a un momento de la Historia humana en que se habrá alcanzado un estado perfecto, en que habrán desaparecido todas las contradicciones que hasta hoy día siguen saturando los destinos históricos de la Humanidad.

La idea positivista del progreso no es aceptable, ni religiosa ni moralmente, porque esa idea por su naturaleza misma es incapaz de acabar con los padecimientos de la vida, es incapaz de resolver las trágicas contradicciones y los grandes conflictos de la especie humana.

Hemos de considerar la Historia como un camino que nos ha de conducir a otro mundo y éste es su verdadero contenido religioso. Pero no es posible lograr ningún estado absoluto perfecto en el transcurso de la Historia, ya que ésta sólo puede resolverse más allá de sus propios límites. Esta es la deducción final que establece la Metafísica de la Historia. Este es el gran arcano del proceso histórico.

La historia tendrá un sentido positivo únicamente si llega a un término.

La Historia es un destino y como tal la hemos de comprender: como un destino profundamente trágico. Y este destino trágico, como cualquier tragedia ha de tener necesariamente un desenlace, puesto que toda tragedia ha de tenerlo.

La Historia no puede desenvolverse infinitamente. La Historia no sigue leyes inmutables, porque ante todo es un destino. El destino del hombre que hemos de seguir a través de todos los períodos históricos es insoluble en el transcurso del proceso histórico. La metafísica de la Historia nos indica precisamente, que todo cuanto es insoluble entre los límites históricos, ineludiblemente ha de resolverse más allá de la Historia.

Si la Historia sólo tuviera un significado inmanente, carecería, efectivamente, de sentido, porque todas las contradicciones fundamentales de la índole defectuosa de nuestro tiempo fragmentado nunca llegarían a desaparecer y todas las resoluciones serían unas soluciones ficticias, aparentes y falsas.

Esta metafísica de la Historia aparentemente pesimista, acaba con todas las ilusiones derivadas de una divinización del porvenir y derrumba todas las teorías progresistas. Pero, en cambio, afianza en nosotros la fe y la esperanza en una próxima resolución de la Historia con todos sus sufrimientos, descubriéndonos los horizontes de una realidad eterna y verdadera.

#### BIBLIOGRAFÍA

NICOLÁS, Berdiaeff, *El sentido de la historia*, Ensayo filosófico sobre los destinos de la humanidad, 2a. ed., S/T. Ed. Araluce, Barcelona, 1943, 281 pp.

55818

